

Su Señor Hermano

El coronel recuerda, así a los sargentos como a los furrieros y a los soldados, que les está terminantemente prohibido vestir de paisano y que a cuantos se encuentren en traje semejante se les castigará con quince días de arresto....

—Ya lo habéis oído, ¿No es verdad? —añadió el furriel, cerrando el cuaderno de los partes.

—Y ahora, rompan filas.

Los soldados de la cuarta del segundo no esperaron a que se les repitiese la orden. El círculo que formaban en torno del furriel rompióse en efecto, é inmediatamente fueronse cada cual por su lado, unos á la cuartía, otros á la faena, y, finalmente, los demás á la cantina, á donde les atraía un vago tufillo de ponche.

—Ea, veterano! Ya has oído el parte del coronel—exclamó el tambor de la sexta escuadra, lanzando un amistoso coscorrón á su vecino de la escuadra, el vizconde Roberto de la Soulaye, mientras ambos se dirigían tranquilamente á la cantina.

—¿Y que cada día te pones majo para irte á comer á la ciudad, en adelante estarás divertido quedándote con las ganas. Si el coronel te atrapa, vestido de luces, no te arriendo la ganancia.

—¿A quién? ¿A mí?—replicó el de la Soulaye, tratando de acomodar su lenguaje al mismo tono.—Pues mírame bien, ya que no me has visto todavía. Si crees que el coronel ha de impedir que me ponga la chistera siempre y cuando á mí me plazca, es que acabas de caerte de un nido. Puede, si quiere el domador, el tío Babel, apuntarse diez de semejantes faltas en el parte, que á mí se me dan tres pitos y no dejaré de hacer como hasta ahora. Y luego ¿sabes? si no está contento aún, que se vaya á paseo. ¡Arre, arre, borrico!

—Al fin y al cabo, eso es cuenta tuya; pero ¿sabes? evita que te echen el guante. De lo contrario, te verás sorprendido cuando menos lo pienses. —Echarme el guante á mí? No basta para ello un hombre solo, fueran menester muchos. Y aun así... Sigueron por muchos instantes los soldados en su conversación, comentando en tono chancero el parte de la mañana.

No en vano afirmaba el vizconde de la Soulaye, que se hallaba resuelto á tener para nada en cuenta las órdenes del coronel. Aquella misma tarde, como de costumbre, pasó el rastrillo vistiendo, según la ordenanza, con el capote sin una arruga, sin faltar los dos pliegues reglamentarios detrás y mostrando por delante la doble hilería de relucientes botones, el kepi rígido, no caído en forma de baúl, y el cinturón bruñido como un espejo. Una hora después, como de ordinario, salía del cuartito que tenía alquilado lejos del cuartel con un abrigo forrado de pieles, el cual por la abertura de las solapas de fino astracán, dejaba ver una pechera nítida, una corbata no menos blanca y un cuello luciente, cubriendo además su cabeza un sombrero de copa sumamente liso y estrado con los tradicionales ocho lustres y aprisionando, por último, sus pies unos zapatos charolados de forma irreprochable.

Desde que se hallaba incorporado al 235 de línea el vizconde de la Soulaye, cuya elegancia no se acomodaba muy bien al capote azul, al pantalón encarnado ni á los zapatos gruesos de cuadradas puntas, operaba semejante metamorfosis, á fin de poder sentarse cómodamente vestido de etiqueta, á la mesa de cualquier anfitrión encastillado en las fórmulas ceremoniosas.

—¿Había conseguido hasta escapar á las miradas de sus oficiales? O más bien, ¿sería que éstos se hacían de la vista gorda? Lo cierto es que el joven vizconde había podido entregarse á su manía cotidiana, sin atraerse nunca los rigores del código militar.

—Pero ¡ay! todo en este mundo acaba.... Tanto va el cántaro á la fuente, que al fin se rompe....

Un día, pues, dirigiéndose á hacer una de sus acostumbradas visitas, al doblar una calle, el de la Soulaye vio á pocos pasos al coronel del 235 encaminándose hacia el mismo lado por la misma acera.

A semejante aparición, un estremecimiento le sacudió de pies á cabeza. Pero no tardó en recobrar su aplomo, afrontando la situación con sangre fría.

Se le ofrecían dos partidos: desandar parte de lo andado y sustraerse con la huida á un encuentro inminente con el coronel, el cual, por otra parte, quizás no le habría visto, ó bien pasar por su lado aparentando no conocerle. La sangre fría que rara vez

Página Humorística

abandonaba al joven, en circunstancias difíciles, inspiróle una tercera resolución que puso inmediatamente en obra.

Con paso firme se dirigió hacia su jefe y, después de saludarle, se plantó delante de él, sombrero en mano. Luego, tomando la más cortés de las actitudes, le dijo:

—Usted dispense, mi coronel, si me atrevo á dirigirme á usted así en plena calle, sin que nadie me haya presentado. Pero tengo que hacer á usted una pregunta. Soy el vizconde Enrique de la Soulaye. Mi hermano gemelo Roberto está en el regimiento que usted comanda, y usted le conocerá sin duda. Por otra parte, nos parecemos tanto el y yo, que hasta suelen confundirnos al uno con el otro. He llegado aquí para verlo; pero como quiera, según me dicen, que en la ciudad hay dos cuarteles, desearía saber en cuál se hallará mi hermano....

Tamaño aplomo dejó confuso al coronel por de pronto.... Vació un instante. Pero juzgando luego que mejor sería devolver chanza por chanza:

—Su señor hermano—contestó con maliciosa sonrisa,—está en el cuartel Kellerman.

El coronel inclinóse ceremoniosamente, marchóse, mientras su interlocutor también se iba dándole las gracias con un saludo correcto y digno.

Al día siguiente, en mitad del ejercicio, mientras los de la cuarta del segundo descansaban tras de una sesión de esgrima de bayoneta, el coronel mandó llamar al soldado de la Soulaye.

Cuando le tuvo en su presencia cuadrado, con ambas manos pegadas al pantalón de artillería, le habló de este modo:

—Amigo, usted será indudablemente el vizconde Roberto de la Soulaye.

—Sí, mi coronel.

—Perfectamente. Usted tiene un hermano gemelo llamado Enrique, "tan semejante á usted, que las gentes llegan á tomar al uno por el otro." Ayer le conocí. Es un guapo muchacho, de una distinción y de una gracia muy estimables. Me hará usted el favor, cuando le vea, de darle muchos recuerdos de mi parte.... Pero dígame usted que cuantas veces le encuentra vestido de paisano, voy á imponerle á usted quince días de arresto.

—Sí, mi coronel.

—Y ahora puede usted volverse á la fila.

ENRIQUE COUTANT.

LA RECETA

—Marcelino, tu padre está muy malo.

—Muy malico está; se le cafa la cabeza por tós los lados.

—¿Qué será esto, Dios mío!

—Oiga usted, oiga usted qué gritos da, que estremece!

El enfermo desde su cama:

—Ay, Nicolás! ¡Ay, Marcelino! ¡Yo estoy muy malo!; yo creo que no como el besugo este año!

—¿Pa besugos estamos! Aún no ha llegado Nochebuena, y ya piden á cinco reales.

—¿Yo que pensaba haberme bebido una soperá de almendrada!

—No hay que esperar, padre, que aún faltan ocho días pa que nazca Dios.

—¿Qué beber alguna cosica, Ramón?

—No quilo nada más que curarme, qué palce que tengo una rata en el estómago que me está mordiéndome día y noche. ¡Es que me ardo!

—¿Qué le daríamos, Marcelino?

—Amos á darle un vaso egarnacha?

—¿No quilo garnacha!

—O un poquico é mistela.

—¿Que no! Que vayas á avisar al facultativo, que esto va de veras, que me muero!

—¿Ay, Dios mío, Marcelino, corre!

—Pues mí'usted que hace una noche... no va á querer venir.

—Pues dile que te dé algo pa tu padre.

—Voy, voy; pero hace un aire que pué ser que no vuelva.

Marcelino sale. Hay un vendaval horroroso, llueve, graniza. El muchacho llega á casa del médico y repiquetea á la puerta con el aldabón. Asoma á la ventana la criada.

—¿Qué está ahí?

—Soy yo, el hijo del tío Vinagre,

CARICATURA EXTRANJERA



El ladrón.—Yo te he robado; pero no puedes quejarte, porque te dejo vestida á la última moda.—(De "The Sketch.")

que vengo á ver si quíé venir don Julián, quise mi padre que se muera, —¿Aguárdate un poco!

La criada entra en el despacho del médico, que está leyendo al amor del fuego.

—Don Julián, ahí está el hijo del tío Vinagre.

—¿Qué quiere? ¿Que salga de casa con la noche que hace?

—Eso dice.

—No lo permita Dios! Ya sé lo que tiene; le he visitado anteayer; está grave, pero no es para tanto. Trae papel y pluma. La criada le da recado de escribir y el doctor redacta una receta.

Marcelino desde la calle: —Amos, amos, dése prisa, que he un aire que se me lleva!

El médico: —Toma, Teresa, dí que le den eso; que lo tome todo de una vez, que yo iré por la mañana temprano.

—Voy á bajar.

—No bajes. No abras las puertas, que se va á escapar la perra.

—Es que hace un aire que se va á escapar el papellito.

—Espera. El médico busca algo por la habitación; por fin encuentra un pedazo de ladrillo, lo envuelve con la receta diciendo: Toma, échasela así y no volver, á ver si le das en la cabeza; ten cuidado.

La criada en la ventana: —¿Marcelino!

—Aquí estoy, ¿Rediez, qué noche!

—Ahí va. El médico irá mañana, y dice que esta noche le dé eso, y que lo tome todo de una vez.

—Bueno, vaya, buenas noches.

—Adiós.

El viento arrecia, la granizada es espantosa, las chimeneas vuelan....

A la media hora llaman á la puerta del médico. Son las doce. La criada vuelve á asomarse.

—¿Quién es?

—Soy yo, Marcelino.

—¿Otra vez? ¿Qué quieres?

—Que mi padre nos ha muerto!

—¿Jesús!

El médico, saltando de la cama: A ver, á ver; baja, ata la perra y que suba ese chico.

Sube Marcelino llorando.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sido?

—Pues qué ha de ser, que le himos dao lo que usted nos ha mandao y lo himos reventao. ¡Pobrecito!

—¿Pero qué te han dado en la botica?

—¿Pero qué es lo que has dado á tu padre?

—¿Pues lo que usted ha dicho. ¿No me echó la criada un plaso de ladrillo englietto en un papel? ¿No me dijo, tome, darle eso, y que lo tome todo de una vez? Pues entre mi madre y yo le metimos el plazo en la boca, y quás que no, se lo hicimos tragar, y sa quedao boca arriba con los ojos en blanco.

—¿Muerto!

—¿Y tan muerto!

—Teresa, avisa al juez; corre!

Marcelino.—¿Ya lo creo! ¡Y usted irá á la cárcel por darle ladrillo á los enfermos, tú asesino!

EUSEBIO BLASCO.

Los Perros en el Siglo XX

(Trad. para "Revista de Revistas") Un corresponsal de modas, enviado por una revista especial londinense á París, se encontró con tiendas dedicadas solamente á vender artículos para perros, y escribe:

—Hay, en estos almacenes, colecciones de pañuellos de bolsillo, telas de las más finas, bordadas y caladas, en los tonos más tiernos; sobretodos variados, azules los más, con bolsitas en los lados para guardar el pañuelo.

Vestidos de terciopelo con cuello de chinchilla ó de piel de zorro; de "paño de perros," con adornos de encaje inglés, muy bien trabajados; batas de interior, acolchonadas y llenas de listones.

Zapatitos encantadores, de hule para el tiempo de aguas ó de nieve, y de cuero para la primavera; de botones ó de lazos y que suben hasta media pierna.

Se encuentran ahí también anteojos para automóvil—goggles—y cunas de mimbre, cuidadas según su objeto, para viaje, ya para el campo ó la ciudad.

Se me olvidaba citar las pelucas para perro, que antes no había visto nunca. Preciosas miniaturas de cuero, con departamentos para trajes, ropa blanca, ropa de dormir, de noche, de ceremonia, etc., y además aguas de toilette, jabones, perfumes, cepillos, peines, cepillo de dientes y.... espejo!"—"NEW YORK WORLD."

CHASCARRILLOS

—Pero, hombre, no se le ve á usted por ninguna parte—dijeron á un avaro.—¿Dónde se mete usted?

—En mi casa todo el santo día.

—¿Está usted enfermo?

—No, es que me cuesta muy caro el alquiler y quiero aprovecharlo todo lo posible.

Una señora tiene dos convidados en su casa. Uno de ellos, que se las da de chistoso, le dice:

—¿Y su marido?

—Aún no ha venido. Tendremos que esperar un rato.

—Pues vamos á darle una sorpresa. Nosotros, los convidados, nos escondemos en la habitación inmediata

y usted, cuando llegue, le dice que no hemos podido venir.
Lo hacen así y al cabo de un momento llega el marido.
—¿Y los convidados?—pregunta á su mujer.
—No vienen: los dos me han escrito excusándose de asistir.
—¿Cuánto me alegro! ¡Vaya un par de latosos!

—La cara de usted no me es desconocida. Yo le he visto á usted en alguna parte varias veces.
—Es posible.
—¿Qué sitios frecuenta usted?
—¿Yo? La cárcel. Acabo de salir de ella.

LOS ALIADOS AMBICIOSOS

Con el fin de realizar sus ambiciosos afanes, llegaron á un palomar, á un tiempo, dos gavilanes.

Al mirarse, contrariados, temiendo la competencia, se sintieron enojados y armaron una pendencia, á la que, cobardemente, bien pronto pusieron fin, conviniendo mutuamente en repartirse el botín.

Unidos por la ambición, ya que no por la amistad, sin más ley ni más razón que su instinto y su maldad, relamiéndose de gusto en el palomar entraron ¡y es de suponer el susto que á los palomos causaron!

Todos, por salvar la vida, abandonaron el nido para buscar la salida, menos uno que, escondido, decía:—Tened paciencia y calma vuestros afanes, porque tengo la creencia, de que esos dos gavilanes, esclavos de su ambición, que con nuestro daño gozan, cuando cojan un pichón ellos solos se destronan!

JOSE RODAO.

Cosas de la Milicia

Un cabo sale de una taberna completamente borracho, y se apoya en el quicio de una puerta, al mismo tiempo que pasa el capitán, que viéndole en aquel estado le dice:

—¿Qué es eso, cabo García, qué hace usted ahí?

—Mi capitán... "como veo" que todo está "dando vueltas," espero que pase el cuartel para "meterme dentro." (!)

SIRVASE CITAR A "REVISTA DE REVISTAS," SIEMPRE QUE APROVECHE SUS ANUNCIOS.